

igual acento ó expresión y el arrullo de la paloma así como el trinar de las aves.....

—Esos son romanticismos, interrumpió nuevamente el juez. Vd. nos está contando un cuento, una novela ó como vd. quiera llamarla. El exceso del romanticismo produce lo que podríamos llamar *sensiblería*. Vd. se enamoró, el cura le ofrece sus servicios, yo pediré la muchacha, se casan y cuento acabado.

—Así hablaban los profetas, repuso en el acto el cura llenando las copas.

Libamos, y por segunda vez, el farmacéutico orador, dominó las interrupciones quedando dueño del campo. La discusión copiaba de un modo gráfico la elocuencia casi casi tormentosa de nuestras Cámaras.

XI

Vivía en mi mente el recuerdo de aquellas formas y sus bellezas, ardía ante mis ojos el fulgor vivísimo de sus miradas y la expresión variable que les daban sus pasiones, soñaba con los ensueños por aquellos recuerdos producidos y su voz dulce, apacible, expresiva y

poética, vibraba físicamente en mis oídos y como intelectualmente en el espíritu. La contemplación interna de aquellas formas despertaba el deseo, su hermosura la admiración, las pasiones visibles en sus pupilas, pasiones semejantes en mi alma, la concentración en esas ideas algo parecido al éxtasis religioso y aquella caricia encubierta en su acento, arrebatos y entusiasmos que creaban y multiplicaban nuevas sensaciones para la vida inteligente de mi sér. El ideal por entonces representábase para la existencia de la Tierra, en aquella mujer. Luchaba el instinto trasformado en deseos con la inspiración trasformada en ideas. Yo quería poseer aquellas formas para acariciarlas incesantemente, ver ante mis ojos aquellos ojos de un modo eterno, soñar lo que ella soñaba, fundir las aspiraciones de su alma con mis más íntimas aspiraciones, amar lo que ella amase, prescindir de mis pensamientos absorbidos en los suyos, avivar su existencia física y producir en ella la existencia moral de la que carecía. Dar el alma para aquella otra alma. Hacer latir aquel corazón como latía el mio. Comunicarle la electricidad de mis nervios y las ideas de mi cerebro, para hacerla vivir con la vida angustiosa que yo vivía. Hacerla gozar y sufrir haciéndola sentir. Hacerla amar si es que yo amaba, aun cuando en mi concepto aquello no era amor.

El sentimiento fecundo y generoso comenzaba á despertarse en mi alma.

Así trascurrieron los días entre una y otra entrevista.

El problema científico que preocupaba la existencia de mi amigo preocupábame ya de un modo diverso. El trataba de formar una inteligencia y yo de despertar á la vida del sentimiento un corazón. El quería investigar la generación de las ideas, problema bien oscuro, y yo encontraba un corazón virgen aún, en sus pasiones. ¿Qué puede valer más para la existencia del alma, la vida intelectual ó la indefinible vida de los sentimientos? En lo de adelante ambos íbamos á vivir igualmente abstraídos.

Más bien que amar...yo quería que aquella mujer amase.

Nada cambió en mi existencia y sin embargo, yo creo que en el fondo hubo un cambio radical y completo. Si mis pensamientos se formaban en el cerebro, era para volar hacia aquella mujer y envolverla en espiritual atmósfera de acariciadoras ideas.

Si aun no había pensado, menos había sentido. La virginidad de sus ideas existía también en sus sentimientos. Ibamos á crear entre ambos, una alma. El, á producir un cerebro que pensara y yo, un corazón que desde su primer latido me pertenecería.

En concepto de algunos, la virginidad del corazón, es un problema aún más difícil de resolver, que el de la generación de las ideas.

¿Cómo explicar esas extrañas simpatías que atraen á dos seres, esas ligas impalpables que les hacen á veces participar de los mismos pensamientos, esa simultaneidad de sensaciones, de gustos y de caprichos, esa fusión de dos almas que se aman, muchas veces sin conocerse, mas que por la semejanza de las ideas? Desde que nacen á la vida los corazones sienten y tal vez, sus primeras convulsiones, no serán más que reminiscencias de anteriores sentimientos. Para encontrar un corazón virgen sería necesario encontrar también una inteligencia que no hubiera pensado. Ese doble problema lo teníamos ante nuestra vista. El quería profundizar los senos misteriosos de aquel cerebro, yo buscaba como tantas veces he buscado inútilmente en mi vida, eso que los poetas llaman amor y que en mi juventud llamaba como Mad. de Stael «el talento del corazón.»

He dicho antes que yo quería que aquella mujer amase, pero también quería que amase única y exclusivamente á mí. Precisamente porque se despertaba el sentimiento, despertábase algo semejante á los celos. El exclusivismo en materia de amor no reconoce otro origen. Comenzaba á producirse la vida del corazón, pero no la vida nerviosa, interrumpi-

da por así decirlo, en fuerza de gastarse en continuadas sensaciones, la vida noble, elevada y poética, vida de purezas y abnegaciones, de sacrificios sublimes, de lucha perpetua en la cual se consume dilatándose en ignoradas radiaciones, vida contemplativa que parece llena por la inercia para la vida social y que tiene en el fondo una fuerza de acción inconcebible, fuerza que nace de las mismas pasiones y que aniquila el organismo, para producir el desarrollo del cerebro y el engrandecimiento del corazón.

Mi existencia iba á fecundizarse por nuevas sensaciones.

Cansado de sentir ya no sentía. Así como los labios se fatigan de besar en unas cuantas horas de placeres febriles, así tambien el alma fatigase á veces de sentir y cánsase de amar. El hastío no reconoce otra causa. El combate interior de las pasiones estaba reemplazado por el desaliento, la conciencia, único astro visible aun en el firmamento ennegrecido del alma, luchaba tratando de iluminar nuevamente la vida y llamaba en su auxilio al sentimiento. Este, si llegaba á brotar en el espíritu, tenía que hacerlo en condiciones no experimentadas antes por mí; era difícil que surriese nuevas alucinaciones en materia de amor y que me impresionase como generalmente se cuenta en un sólo segundo por una sola mira-

da y en cuanto al desarrollo lento y gradual que es la otra forma en la que puede producirse, era más difícil que se verificara, pues estaba ya en esa época de la existencia en la cual, lo repito, el hastío evita el nacimiento ó la incubación de un nuevo amor.

Podía aventurarme francamente en aquel género de estudio: despertar el amor sin que en mí se reprodujese.

Las almas más experimentadas naufragan á veces. Respecto á sentimientos, el corazón cuando quiere estudiar es víctima de sí mismo; no solo porque se obstina, cuanto porque se acostumbra y hasta se vicia en la contemplación de sus ilusiones; cree crear y en sus fingidas ó falsas creaciones, se quiere así propio. Esto podría servir en ciertos casos, para no entrar sin un hábil piloto, en el océano, casi siempre borrascoso de las pasiones.

¿Para qué hemos de repetir lo que en igualdad de circunstancias todos han dicho ó dicen? Las mañanas de aquellos días me parecían luminosas y diáfanas, aun cuando la atmósfera estuviese nebulosa, las tardes estaban como impregnadas de poesía, las noches tan llenas de ensueños como el resto del tiempo. No era el amor que se levantaba iluminando los horizontes infinitos del alma, era tan solo la vida antes desierta y vacía, llena con un objeto en mi opinión noble y santo, el desarrollo de un

sér en todas sus potencias y facultades. por el desarrollo de sus pasiones. Crear el sentimiento era crear el corazón.

Podrá interpretarse la inteligencia de las frases anteriores, pero apesar de ello, insisto en que yo no amaba. El preceptor se preocupaba tanto del desenvolvimiento de la concepción en sus educandos, como yo de la creación de los sentimientos en aquel sér. Lo que sucedía en mi interior, era lo que siempre me ha sucedido: yo tomaba aquel objeto nuevo de mi vida, con el entusiasmo y la exaltación que empleo en todos mis sueños y mis acciones; derivábase nueva existencia para la infatigable actividad de mi espíritu, siempre sediento, ya de sensaciones ó de vivificadoras y fecundantes ideas. Crear las pasiones es más grande que crear el alma.

¿Aquello era pensar ó era sentir? Yo no quería confesármelo, pero me interesaba más de lo que debiera en aquel estudio, sin comprender si eran justas reflexiones por amor á la ciencia, las en mi producidas, ó si eran movimientos de un corazón que comenzaba á enfermarse con esa fiebre devoradora y divina, á la cual no quería concederle el nombre de amor. ¡Y qué me importaba que fuese producto de mi cerebro ó del principio de una pasión, si aquello me hacía gozar!

¿Volver á amar? ¿Volver á vivir con la vida

multiplicada por las ansias sin nombre, por las dudas crueles, por las aspiraciones vagas, por sensaciones indefinidas, por poesías melancólicas y dulces y sublimes, en las que exhalaría lo más santo y lo más ideal de mi espíritu, volver á sufrir y á gozar, á sentir el amor y con el amor el celo, volver á vivir y á vivir así..... ¿No es verdad que esto era equivalente á un renacimiento de mi sér? Iba á concluir el hastío y el alma nuevamente á luchar con esa concepción, tormenta de las pasiones, que á veces la degrada ó la deifica. La vida iba á transformarse en culto, y la existencia propia del corazón, á evaporarse en nuevas ideas. En el mundo de los sentimientos Dios se hace sensible al corazón. Esa soberana, fuerza é iluminación del Universo, vuélvese en esos casos perceptible para el alma; por consecuencia yo iba á creer.

Iba á creer en una pasión por mí engendrada y en un amor por mí creado. Resolvería el problema de la virginidad de una alma y la fábula de Galatea, se desarrollaría copiando la estética de mi espíritu. ¿Por qué no he de decirlo? Fidias parecíame pequeño. Es bien distinto modelar el barro y barro es el marmol y la madera y el bronce, que modelar de un modo inmortal, una alma.

En ese estado de exaltación nerviosa que prepara los grandes sacudimientos de las

pasiones en el espíritu y de exagerada y de exquisita sensibilidad é impresionabilidad, yo llegué por segunda vez á la habitación de aquel sér, que antes llamaba extravagante; en aquella humilde casa encontraría tal vez el olvido de mi pasado y la redención para las faltas de mi vida y en aquel estudio, la mayor tempestad que se haya producido en los abismos del corazón.

XIII

Reprodujose en parte la escena descrita en la entrevista anterior. Al caer de la tarde, nos encontrábamos en el estudio, la joven ya causa de mis insomnios y de mis sueños, mi amigo y yo, un poco más preocupado de lo que debiera de estar. Sin embargo de mi incomprendible turbación pude observar en él, que se encontraba inquieto ó levemente nervioso. Minutos despues de mi llegada y de las frases y fórmulas de costumbre, la joven encontrábase como adormecida en aquel sillón en que ya antes la había visto. No puedo explicar en claros conceptos como me encontrabá en aquel momento.

Parecíame como que había retrocedido en

mi vida y vuelto á los años juveniles, años en los cuales creía y sentía el corazón moverse agitado y convulso por las pasiones. La vista material de mi sér trataba de penetrar en aquella alma y mis ojos recorrían sus riquezas de formas, recreándome y acariciándolas. Una timidez incomprendible habiase apoderado de mi y una sensación extraña, ya otras veces experimentada, me invadía. El temblor de sus sedosos párpados, se me comunicaba y en mi interior, una angustia, á cada iustante creciente, parecía comprimirme con fuerza el corazón. Las caricias que pensaba hubiera querido prodigárselas, con multiplicidad extraña y casi febril. No me saciaba de contemplarla como no me cánsaba de pensar en ella y el deseo provocado y producido por aquel minucioso exámen, se cambiaba lentamente en una sensación no definida y antes no experimentada, que apesar mio, me infundía respeto. El asunto que allí me llevaba habíase olvidado y todos mis recuerdos se me confundían. La hermosura fascinadora de aquella mujer me absorbía por completo. El problema científico desaparecía ante la soberana radiación de su belleza y los deseos enmudecían ante la poderosa manifestación del arte, arte que parecía haber robado de los misterios de la estética, en la más sensual de sus creaciones, la mayor suma posible de delicadeza.

Los instrumentos científicos, los libros, los papeles, los otros objetos que llenaban el estudio y el amigo, dueño según parecía de aquellos tesoros de formas y de aquella alma, todo se había borrado y desaparecido: solo quedaba aquella mujer enfrente de mí, bañada por las apacibles serenidades y melancolías de la tarde, con hechicera sonrisa entre sus labios y con la mirada lúcida, intensa y magnética, fija sobre mis ojos con una expresión dominadora. No se necesitaba que hablase: la elocuencia de las pupilas era más expresiva que las incomparables melodías encerradas y doblegadas por aquella voz.

—Quiere vd. interrogarla? me interrogó él brevemente.

—Yo! exclamé con voz trémula. Yo! Lo que quiero es oírla!

—Pero oírla sobre qué asunto? ¿Qué punto de la ciencia quiere vd. que toquemos? Puede disertar sobre varios ramos del saber humano.

—Le diré á vd. con franqueza, repuse contentiéndome. El asunto me es indiferente. Creo como vd. que puede reproducir mi pensamiento ó el suyo. Ese fenómeno de la reproducción ó la reflexión de las ideas, está bien conocido aun cuando no explicado, pero á vd. que la conoce, toca el interrogarla.

—No tratamos de la reproducción de su pensamiento en el suyo. Ella puede contestar á

preguntas que se le hagan sobre puntos científicos que á vd. le sean desconocidos.

—Me parece imposible.

—Hé ahí la razón por la cual he dicho que la interrogase.

La investigación de un enigma tiene maravilloso poder de atracción sobre el espíritu. El mio se concentró entónces en una sola idea: inquirir si aquella mujer me conocía los pensamientos sugeridos por su presencia; pero precisamente por causa de las sensaciones en mí experimentadas, volvíase dificultoso el hacerlo. También hubiera sido una torpeza el interrogarla sobre la pasión que comenzaba á producirme; luchaba entre el deseo de saber si era posible la adivinación y el de ocultar los sentimientos que me inspiraba; por lo mismo, hice la primera pregunta que se me ocurrió.

—¿Podría vd. decirme cuál es la influencia que la bilis ejerce sobre el cerebro?

—¿Oyes la pregunta que te hace el señor? apoyó él.

—Perfectamente, contestó aquella voz ya por mí adorada en todas sus inflexiones. Perfectamente, y la respuesta es bien sencilla: la bilis exalta la potencia intelectual del cerebro. Su derrame sobre la sangre produce un estado febril; sobre el cerebro un entorpecimiento ó una exaltación de sus facultades. La fiebre biliosa que se origina, causa delirios en

los cuales todos los pensamientos concebidos adolecen de una extraña exageración. El exceso de la secreción biliar produce alucinaciones dolorosas y concepciones deformes, viciadas y horribles. La sangre desequilibrada en sus proporciones componentes, no nutre bien el sistema nervioso que se debilita y se vuelve más sensitivo. Debilitado el sistema nervioso debilitase la médula. Esto influye poderosamente en su mayor impresionabilidad. De aquí la concepción exagerada. La bilis obra directamente sobre el cerebro, produciendo una leve congestión y al exaltar sus facultades desarrolla la imaginación que forma como ya he dicho, visiones que no pueden describirse fácilmente. Exagéranse éstas y fecúndanse á sí mismas, dando creación á un estado casi constante de alucinaciones diversas. La irritabilidad del sistema nervioso, desarrolla una suma mayor de percepción y de sensibilidad. Todos los objetos se ven entonces con mayores proporciones de las que tienen, todas las impresiones son más rápidas y á la vez más profundas y más duraderas, todas las sensaciones son más intensas y la perceptibilidad y la finura de los sentidos se mejora y se exalta. La vida nerviosa se aumenta por la irritación de la médula y la excitabilidad de ésta, obliga á mayor suma de movimientos, de obligadas creaciones y de incesante concepción. Estos son

los efectos generales de la bilis sobre el cerebro.

La joven guardó silencio. La idea emitida por ella, por más generalmente que estuviese expresada, era también original; entrañaba nada menos que la teoría de que la inspiración en determinados casos, podía provenir del dominio del sistema biliar en el organismo. No me encontraba de acuerdo con la teoría, pero por el momento no me venía á las mientes, la manera de rebatirla.

—Podría vd. indicarme si esas ideas subsisten, tratándose de las enfermedades biliares?

—Me he referido únicamente á los efectos que la bilis produce sobre el cerebro, es decir sobre la mayor ó menor exaltación de sus facultades para concebir, por la influencia que en él ejerce la bilis. En las enfermedades biliares aféctase también pero ésto como una acción refleja. Los cálculos biliares, las congestiones del hígado y otras enfermedades de la misma entraña, no obran sobre la mayor facilidad, tanto para concebir, como para emitir las ideas. Citemos un ejemplo. Cuando la ira se apodera de un hombre, la bilis obra instantáneamente sobre el cerebro y por lo mismo, sobre el sistema nervioso: no existe enfermedad alguna en aquella entraña y el estado de exaltación en el cual se encuentra, proviene únicamente de esa acción, la influencia á que se halla sometido

multiplica su existir y sus acciones, de esto se deriva la indolencia en los temperamentos linfáticos y la incesante actividad de los biliosos.

La segunda respuesta hacía más comprensible la primera. Yo escuchaba admirándola, no por la claridad de sus conceptos, su concisión y precisión, sino por causa de las indefinibles sensaciones que aquella voz me producía. Yo la acariciaba con la mirada, envolviéndola, atrayéndola, tratando de fijar bien en mis recuerdos aquella imagen, fotografiándola en mi cerebro, analizando cada una de sus perfecciones, adorando aquel conjunto en el cual brillaba la forma en todos sus esplendores y el colorido con todos sus lujos. La movilidad incesante de la fisonomía, aumentaba con la elocuencia irresistible de la mirada, y con no sé qué fluido misterioso, que hacía resplandecer el cutis animado por la simpatía y por la gracia.

—El espíritu del hombre dominado por la ira, siendo ésta excesiva, conduce el estado de actividad ó al de postración. El temperamento nervioso está casi siempre influenciado por el bilioso. La mezcla de ambos produce el exceso de sensibilidad como el de movilidad y los seres así dotados, son los que pueden reunir la mayor suma de ideas á la mayor suma de acción. Esto me parece que es especializar una de las acciones de la bilis, sobre el cerebro.

Expresábase con rapidez. Las ideas por ella emitidas eran bien sencillas y sin embargo, en su fondo originales. El semblante se iba animando gradualmente y la gracia de la voz como que se comunicaba á la fisonomía dándole movilidad. En nuestra primera entrevista fué una especie de autómeta, obedeciendo á la voluntad del magnetizador, transmitida por el fluido nervioso ó fluido magnético, la inteligencia, demostrada podía haber sido efecto de la reproducción de los pensamientos de aquel; pero en el momento de que nos ocupamos, se encontraba en un estado de mejor concepción ó de mayor lucidez. Yo no hallaba que censurar en aquellos conceptos, pero lo que no podía comprender era, que la inteligencia desapareciese fuera del estado sonambúlico.

—¿No tiene vd. alguna observación que hacerle? me interrogó nuevamente aquel á quien ya llamaba con interés, mi amigo.

—Ninguna por el momento. Solo que en las primeras ideas por ella expresadas, parece como que la inspiración pudiera tener su origen en la influencia biliosa.

Era una magnífica tarde de Estio. El sol descendía lentamente y la claridad se debilitaba dando al estudio, en el que nos hallábamos, tintes más poéticos; era más bien una media luz indecisa en la cual parecían flotar los ob-

jetos que nos rodeaban, los cuales perfilábanse de un modo más confuso y más vago. El viento traía en sus ondas, fugaces é indefinibles rumores. Las melancolías del crepúsculo hablaban con mayor expresión á mi alma. El sentimiento por mí analizado, antes de llegar á aquella casa, apoderábase del espíritu, con la plena conciencia de lo que le pasaba. La misteriosa poesía de la tarde y de la naturaleza, encarnábase en aquella mujer. La inspiración revelábase en aquella forma. Todos los rumores del exterior se iban haciendo imperceptibles á mis oídos como la luz indecisa á mis retinas, pero para iluminar mi alma, bastaba con la radiación de aquellos ojos.

Sin que yo lo comprendiese comenzaba á verificarse la abstracción.

—Podríamos ocuparnos de algo más curioso, por ejemplo, investigar alguno de los puntos que aun no se resuelven por medio de la ciencia: uno de ellos, sería la generación de las ideas, agregó él viendo que mi divagación aumentaba cada vez más.

—La generación de las ideas! exclamé con asombro y volviendo de mi arrobamiento; la generación de las ideas, es un punto que encierra un difícil problema el que evitaría tocar, porque lo considero irresoluble.

—Irresaluble. Y por qué? Si admitimos la existencia de la doble vista para un solo caso,

tenemos que admitirla para varios. Demostrada en un punto, tiene después que generalizarse. Si esa mujer puede leer en las páginas de un libro que le es desconocido, ¿por qué no había de practicarlo en ese otro libro, perdóneme vd. la comparación, en ese otro libro que se llama cerebro?

—Porque en el libro no hace más que reproducir la lectura que uno de nosotros dos hagamos, y vd. mismo me ha dicho que dudaba de su adivinación.

—Deducir no es adivinar.

—Conocer la generación de las ideas es adivinar la fuente de la cual brotan, esto es, su origen.

—La fuente de la cual brotan es el cerebro. Esto es bien sabido y bien vulgar. Yo no conozco á nadie que piense con el corazón ó con un músculo, pero seguir y perseguir la formación de una idea es llegar á su origen sin necesidad de aplicar la adivinación.

—Vd. mismo lo dice. En el cerebro no hace también más que reproducir el pensamiento, ya formado en él. Repite la imagen concebida, pero no puede penetrar el secreto de su creación.

—Y como lo sabemos? Insisto en que si la doble vista existe, debe existir para todo. Seguir la formación de una idea, implica seguir su desenvolvimiento y si puede observarse su

desarrollo, no sé por qué causa no ha de poder observarse en sentido inverso y llegar al punto del cual parte. Resuelto el problema, para un solo caso, cualquiera que este sea, se perfeccionará después en otras aplicaciones.

La abstracción que antes reinaba en mí había vuelto á desaparecer. Yo pasaba de la contemplación de aquella belleza á la contemplación de la hermosura de una idea. Aquel pensamiento era aun más original. Si en aquella mujer había tomado una de sus más clásicas formas la inspiración, en aquel hombre, se cerraba el estudio, el estudio útil, provechoso y fecundo. Yo recordaba lecturas sobre aquel asunto, pensamientos aislados, opiniones de pensadores célebres, frases más ó menos equívocas, ingeniosas críticas, pero no un estudio que mereciera la pena de fijar la atención. Resolver el problema de la generación de las ideas! Resolver una ecuación tan difícil! Encontrar una incógnita que tantos antes que nosotros habían buscado! Penetrar los enigmas del cerebro y verlo como si el cráneo estuviese hecho con cristal; observar en la circulación sanguínea, la formación de la masa encefálica, el desarrollo de la *sustancia gris*, la riqueza del ácido cerébrico, esto era bien sencillo y en un hospital podríamos hacerlo; bastaba un tratado de anatomía, un cadáver y unos practicantes para lograrla; pero este estudio del ór-

den físico aplicarlo al órden intelectual, ya no era lo mismo. Seguir una idea en sus encadenamientos, ir observando las que formaba, penetrar con ella por medio del análisis hasta el punto en el cual brotase, era en mi concepto un absurdo, pero un absurdo hermoso.

Si hemos llegado á descomponer la luz, á analizar los astros y á probar con matemática precisión ciertos acontecimientos científicos, si en otro orden de ideas hemos reconstruido razas ya extintas, si conocemos las leyes que gobiernan la eterna trasformación de las sustancias y si podemos fijarlas de un modo incontrovertible ¿por qué no habíamos de resolver un problema que aún cuando parezca difícil, no lo es tanto como á primera vista parece? ¿El título de una profesión no implica conocimientos en la misma? ¿El estudio de un ramo cualquiera de las artes no supone una práctica constante en el propio ramo? ¿No hemos penetrado en todos los misterios de la naturaleza? ¿No debe el progreso todo su desarrollo y sus conquistas en la ciencia, al estudio? ¿No obtenemos diariamente una victoria sobre los enigmas que se nos presentan, por la mas insignificante de nuestras observaciones? Y esas observaciones y ese estudio y esa penetración y esa práctica y todos esos conocimientos, ¿por qué se han de referir únicamente al órden físico? ¿Por qué no hemos de llegar á obtener

iguales resultados en la esfera de las ideas? ¿Qué otra cosa es la observación mas que una de las aplicaciones de la inteligencia?

El objeto era diverso pero la abstracción continuaba. Pasaba alternativamente de la hermosura de las ideas á la hermosura de las formas. Pensaba en resolver aquel enigma, que tan pronto me parecía imposible como sencillo y á la vez sentía poderosa fascinación ejercida por aquella mujer sobre todas y cada una de mis facultades. Confundíanse los pensamientos con las sensaciones. Sentía algo semejante al vértigo y vagos estremecimientos, ambas cosas producíanse por la concentración, pues tanto esfuerzo necesitaba emplear mi memoria para fijar de un modo indeleble aquellos encantos como mi inteligencia para penetrar y comprender aquellas ideas. El irresistible misterio de la belleza de la forma luchaba con el misterio más irresistible y más profundo de la concepción. Hablaba en arabas manifestaciones la elocuencia eternamente hermosa del ideal.

Quando á la vez que se piensa se contempla, el tiempo se desliza rápido. La tarde habia ido declinando y la noche comenzaba á estender sobre el firmamento, las figuras caprichosas y variadas de las constelaciones. Apagábanse lentamente todos los rumores. El silencio, silencio solemne y precursor de la noche, comen-

zaba á reinar en la naturaleza. La atmósfera estaba diáfana, los astros centelleantes y la noche tibia, serena, luminosa. Los soles parecían en la apariencia inmóviles en la extensión. Las fuerzas invisibles, pero no por esto menos grandiosas, obligaban á los mundos á su marcha eterna. La radiación y la gravitación manifestaban la inmutabilidad de las leyes. La mecánica celeste obligaba á los astros al movimiento. La electricidad flotaba en la atmósfera como la luz y la vida en los cielos. El Cosmos aparecía en toda su deslumbradora magnificencia.

La plegaria universal elevábase á los cielos. La brisa impregnada de la vida de las flores trasladaba en sus ondas el invisible polen para fecundarlas, el silencio iba esparciéndose como las sombras y la magestad de la naturaleza al presentar el más grandioso de sus cuadros, trasformábase en indefinible poesía, desvanecíanse los perfiles y esfuminábanse entre sus vagas claridades. Concluyó el crepúsculo comenzando el día universal. Los espacios estelares, impenetrables aun á la vista poderosa del telescopio, aparecían como senos misteriosos, profundos y sombríos, en lejana radiación. Los torbellinos de estrellas formando nebulosas, tenían la misma inmovilidad aparente que las constelaciones.

Las medias tintas del estudio desaparecieron

ante la claridad producida por una lámpara, el globo que imitaba blanco alabastro esparció una iluminación semejante á la luz crepuscular y la belleza de aquella fisonomía de la que se desbordaba la expresión, adquirió mayor delicadeza en sus perfiles y mayor suavidad en el tono. El color moreno volvióse pálido, brilló su negra cabellera multiplicando la luz, y sus ojos, antes luminosos pero como atónitos, adquirieron una mirada aun más dulce, más intensa y más penetrante; cambióse la expresión dominante y de sus ojos profundos, brotaron miradas que en su rayo misterioso parecían envolver caricias. El fluido de la voluptuosidad cambió su expresión en el de la ternura, el cutis adquirió mayor transparencia, la color más delicadeza y el conjunto como una mayor intangibilidad. La muselina iluminada por la luz artificial, la descomponía en sus ondas, que imitaban esos rizos en los que á veces se transforman los celajes. La mujer desaparecía idealizándose. Desvanecíase la forma y encarnábase el ángel. Espiritualizóse su belleza y sus ojos siberanos continuaron envolviéndonos en aquella mirada magnética, que revelaba la poderosa é inexplicable vida del espíritu.

Desvaneciéronse sus contornos y la luz que parecía destellar de su frente, la envolvió, comunicando no sé qué impalpabilidad á las rosadas transparencias mal veladas por la muselinas.

Vivía pero como flotando en la atmósfera. Había en ella, esa movilidad y ese cambio constante que tienen algunas de las creaciones de nuestros sueños. La inspiración encarnada en aquella mujer manifestábase en el momento, como la más espiritual y más delicada y, apesar de eso, más vigorosa creación de la poesía.

Era algo semejante al sér que vive en nuestro interior por el recuerdo, ó á la concepción imaginada, pero sin forma posible por el exceso de bellezas con las que se la adorna, triste como la impresión del dolor, vaga como los ritmos de aladas formas, aérea como los sueños de los poetas y ardiente como la sangre que vivifica al corazón cuando se apasiona. La poesía emanaba de ella como la profunda iluminación de sus ojos.

¡Qué me importaba ya que hablase! ¡Qué el oír! Yo la tenía allí, ante mí, suprema manifestación de la más exquisita forma, vibración poderosa de una idea, soberana aparición de una alma que encerraba en sí, el poder divino, el poder de crear mundos, no de sensaciones, cielos de sentimientos para mí ya gastado corazón. ¡Qué me importaba el poseerla, si la poesía ya el cerebro como recuerdo y si la poesía acariciándola con mirarla! ¡Cómo podrían destruir la impresión en mí producida y borrar del espíritu la imagen ya formada! Desde

aquel instante, mi espíritu antes muerto á la vida de las pasiones, volvía á existir agitado por la fiebre de los sentimientos y en el porvenir, Dios se dividiría el imperio de mi corazón con el amor despertado por aquella mujer! Yo amaba, no, no amaba, yo creía!

Yo creía que ahí estaba la dicha entera de mi vida. En aquel estudio pobre, humilde, oscuro, por nadie conocido, rodeado por aquellos libros, con un amigo que me guiaría en la vida, con una mujer que me amase y con un horizonte en el que solo veía la laboriosidad y la instrucción. Un sér á quien adorar y otro para penetrar en las oscuridades misteriosas de la ciencia. El amor y el talento, esas dos radiaciones del alma llenando mi porvenir!

La vida, vista con verdadera filosofía, no es más que una serie de equivocaciones. Nos tropezamos en ella, á cada paso, con el egoísmo. El provecho propio, es lo que cada uno considera y quiere. El primer ejemplo era yo mismo. Ya declaraba aquella casa mi propiedad, el amigo trasformábalo en hermano y la mujer en amante. Si él hubiese sido un idiota, ella una mujer fea y la casa un estercolero, á buen seguro que el sentimiento y las esperanzas de felicidad hubiesen brotado en mi sér. La casa no era un palacio, pero le pertenecía y la mujer soberanamente hermosa, llenábala con esa iluminación que parece desprenderse de la belleza.

Yo creía! Creía que aquella mujer era el hada, el ángel, la forma del ritmo, la inspiración, la poesía! El sentimiento se formaba á su presencia como la luz en los cielos ante la presencia de Dios. Transformábase el alma en vergel de ilusiones y la inagotable creación brotaba fecundando el espíritu. Antes deseaba el oír, en aquel momento mirarla, después me bastaría con el recuerdo.

Llenaba aquella casa como el calor vivificante que oculto vive en los rayos del sol, el cerebro de su creador como la sucesión no interrumpida de las ideas y mi corazón como el presentimiento y como el deseo.

Como el deseo, si, pero como el deseo puro, inmaterial, celeste, que revela la eternidad para el alma, como la aspiración á la creencia y la fé para el indefinido porvenir. Creía, y creía que en aquella alma encarnaba la idea de Dios, como en aquella palabra el verbo divino. Creía, obligado á creer que lo que yo admiraba en aquella mujer, maravillosa revelación de las formas y de sus sensualidades, no eran los encantos que se ofrecían ante mis ojos deslumbrándolos, era algo superior á sus bellezas físicas, algo como la fuerza que sujeta y domina y doblega á la materia, como la ley á la que obedece la fuerza, como el espíritu que acciona porque quiere y que piensa y que siente y que ama. Yo creía en el alma y esto era á lo que

yo aspiraba y lo quetal vez yo amaba en aquella mujer..... pero desgraciadamente el alma no existía.

El alma era lo que faltaba y era el alma lo que se trataba de crear.

Ambos guardábamos silencio despues de las frases trascritas.

Ella con voz vibrante, conmovida y apasionada, prosiguió, como apoyando nuestras ideas ó con tinuando el desarrollo de las suyas:

—Qué es un sér sin pasiones? ¿Qué es un sér con los instintos vivos y con las pasiones gastadas ó muertas? ¿Qué son las ideas que no esten animadas por los movimientos del corazón? ¿Que es la inteligencia en un sér que carece de sentimientos? ¿Qué son los pensamientos sugeridos por solo la reflexión y en los que no brilla la llama del deseo, el ímpetu de la ira, la abnegación del amor y el entusiasmo y la grandeza de una pasión? Meditaciones frías, análisis practicados con el conocimiento de la vida, productos obligados del cerebro, que fabrica ideas para vivir como el corazón acelera sus latidos cuando se anima, vivifica y siente. El uso de las pasiones usa y gasta la vida. La fuerza vital parece decrecer con el decrecimiento de las pasiones; y cuando estas nacen y crecen y se desarrollan y se exaltan, no ¿vienen á ser como los diversos aromas y los múltiples resplandecimientos del es-

píritu? La vida solas vuélvese sensible bajo las formas de luz, calor y electricidad y en el alma humana no existen radiaciones misteriosas que se manifiestan bajo las mismas faces? ¿No existen ideas luminosas, ideas que despiertan ardientes sentimientos é ideas en las que se nos comunican las electricidades de otros seres y de sus pasiones? La vida de la pasión no es solo vida para la carne; es vida para el espíritu y vida, multiplicada para el corazón.

Dante atravesó el mundo como un huracán de pasiones. Solo, sombrío, meditabundo, abandonado, perseguido, errante envuelto en el torbellino de su gloria, con el recuerdo de su único amor y de sus grandes odios, sufrió haciendo sufrir y sintió haciendo que con él sintieran. En aquel corazón vivía el infierno de sus pasiones y los tormentos que él describiera, los incubaba su pensamiento y los llevaba en su alma. No era el visionario, era el condenado sublime, el vidente inspirado contemplando los abismos múltiples del espíritu; el génio martirizándose con sus creaciones gigantescas, obras de su dolor, que llegara con su propia tortura hasta la concepción delirante y hasta el fondo de ese cielo ó de ese infierno que todos llevamos en nuestro interior.

La voz vibraba dulce, argentina, intensa,

con entonaciones tan pronto vagas como vivísimas, tan pronto lánguidas como rápidas y en las cuales brillaban las ideas, dando vida, y vida poderosa á su dicción. En el exterior la atmósfera brillaba también espléndida y llena de magnificencias. El espíritu de Dante, sombrío, luminoso y profundo como la noche y los cielos, parecía animarla.

—No su historia contemporánea la historia de sus pasiones fué lo que el transcribió. Su creación encierra la epopeya de las pasiones. Su gigantesco espíritu conmovía y arrastraba tras él, sacudiéndolos, impresionándolos é inspirándolos á legiones de espíritus á quienes comunicaba su modo de ser apasionado como Goethe comunicara sus ideas leyendo á Dante se siente y leyendo á Goethe se piensa. Uno crea el poema de las pasiones y el otro el poema de las ideas. El primero anima á la naturaleza con el corazón y el segundo con el cerebro. La vida irradia de ambos. La ira hace palpitar y vivir á los pensamientos vertidos por aquel como la reflexión vuelve analíticas á las ideas vertidas por éste. El sentimiento apasionado del uno vuélvese sentimiento estético en el otro. El uno siente y su sentimiento se desberda en emociones dulcísimas ó en rugidos feroces; el otro piensa y subordina y doblega los latidos de su corazón á su eclecticismo. Dante siente y se estremece con todas las pas-

siones humanas; Goethe piensa con la poesía de todas las épocas. Aun cuando no queramos, la bilis desbordándose en el primer caso da creación á las ideas como la bilis dominada en el segundo, las genera en diversa forma. ¿Cuál de ambos es más grande? ¿Cuál puede influir más en la concepción? ¿Cuál de los dos, examinado en su género respectivo, sanciona más y apoya la nueva teoría emitida sobre la generación de las ideas?

Aquella noche no habló más. Salí preocupado con la originalidad de la teoría y con la solución del problema. Ambas preocupaciones no eran tan poderosas, como el sentimiento ya desarrollado y para el cual únicamente vivía

XIV

En el estado de exaltación en que yo me encontraba, ya no era posible dominarme. Aquella mujer reinaba de un modo absoluto en mi alma. Toda mi existencia, en todos sus instantes, estaba llena con sus recuerdos, todos mis sueños como impregnados por sus ideas, todas mis acciones no reconocían otra causa que las generase más que la aspiración incesan-